



EN EL CAMPAMENTO CAÑERO

CASTILLO: "nuestra lucha descansa en la solidaridad"

En Cuñapirú y Guaviyú los cañeros izaron su bandera de rebeldía. Allí los niños juegan entre el barro y las piedras con su pelota de trapo, al fútbol.

Es una mañana fría y agitada. Colacho Estévez está de nuevo en el campamento. Con más espíritu de lucha, con más energías. Los cañeros están contentos y tienen fe, fe en su lucha y en ellos mismos.

Esa mañana, con un toque distinto a otras mañanas EL SOL entrevistó allí, en el campamento cañero, al dirigente de U.T.A.A. compañero Ataliva Castillo. Es un hombre joven, tiene 33 años y hace 14 que es cañero. Vino a Montevideo dos veces, "la otra vuelta" con el sindicato y con Sendic, y ahora también con el sindicato y también con Sendic, porque él, nos dice, está aquí, en el corazón de todos nosotros.

— ¿Cuándo empezó a trabajar como cañero?

— Empecé a trabajar como cañero en el año 1950, en El Espinillar de Ancap. Entré de cortador de caña; me pagaban \$ 2.20 por surco, y se hacían dos o tres surcos por día. También trabajé en el mismo lugar, en el riego, ganando en 1951 unos \$ 6 por doce horas de trabajo. Carpiendo me pagaban alrededor de \$ 0.45 a \$ 0.50 por surco. Como ustedes ven, allí siempre se pagó bien poco. En el año 1958, se fundó el sindicato de El Espinillar y poco tiempo después fui despedido por mi actuación sindical, como muchos otros compañeros, aunque la patronal adujo que era por faltar sin aviso durante tres días. Yo di aviso por intermedio de un compañero, pero tenía que haber sido por escrito. En realidad, fue una excusa.

— ¿A qué edad se empieza a trabajar en las cañeras?

— A los ocho o diez años, los niños ya empiezan a conocer lo duro del trabajo en las cañeras. La mayoría tiene que abandonar la escuela, por no poder hacer las dos casas al mismo tiempo. También las mujeres hacen todo tipo de trabajo: desde el corte y el riego, hasta el carpido.

— ¿Cómo son las condiciones de vivienda en el norte?

— Son malísimas, aunque después de haberse fundado el sindicato, por ejemplo en Bella Unión, mejoraron un poco las viviendas; pero no fue en su totalidad ni tampoco lo suficiente como para tener una vivienda más o menos decente. Lo más común es la arípuca, que la hacen los mismos trabajadores al entrar a trabajar a la empresa. Son ranchos muy chicos de un solo ambiente, bajos, un metro de altura, hechos de paja, donde viven cuatro o cinco compañeros.

Desde luego, que los patronos no nos dan, ni los materiales ni ninguna herramienta para hacernos un rancho; por eso hay que conformarse con nuestras pobres arípuacas. También muchas familias viven en ellas. A veces se hacen los ranchos con la caña de azúcar y barro.

(Pasa a la pág. 6)

CASTILLO: "nuestra lucha...

(Viene de la pág. 2)

— ¿Qué recuerdos tiene de la actuación policial desde el comienzo de U.T.A.A. hasta hoy?

— Persecución y encarcelamiento a los dirigentes, desde la fundación del Sindicato. En Bella Unión puedo mencionar el atropello policial al rodear con bayoneta calada y ametralladoras los escriptorios de la Azucarera Artigas, ocupada pacíficamente por los trabajadores, como acto de protesta por el no pago de lo adeudado por la empresa. Bueno, aquí ya todos conocen el comportamiento policial, al apaleamiento salvaje, a los cañeros, frente al Palacio por dos veces, el ataque de que fue víctima el compañero Peralta, quien fue apaleado ferozmente por varios policías y detenido luego en carácter de incomunicado como un vulgar delincuente cuando se encontraba en grave estado.

Toda esta ola de represión, culminó con el ataque a balazos a los cañeros, frente al campamento, teniendo como resultado varios heridos y especialmente el balazo que casi le cuesta la pierna a una niña de 15 años, la compañera Ana María Silva, que todavía está internada.

— ¿Por qué está usted en la lucha de UTAA?

— Por varias causas. Soy uno de los muchos desocupados de Bella Unión por actuaciones gremiales. Me despidieron de Cainsa en la primera huelga y nunca más conseguí trabajo. El Sindicato ha tomado una medida de lucha muy importante como es la expropiación de tierras y como todo desocupado tengo obligación moral de luchar junto a mis hermanos de clase. Quiero aclarar que lo haría igual, si tuviera trabajo, porque únicamente así, en la lucha, terminaremos con esta explotación.

— ¿Cómo conoció a Sendic y qué recuerdos tiene de él?

— Cuando se fundó URDE (el sindicato de El Espinillar) en el año 1958. Siempre lo conocí luchando. Siempre estuvo junto a los peludos. Es uno de los nuestros.

— En esta lucha, ¿el sindicato ha salido fortalecido?

— En esta lucha es cuando la gente se mostró más combativa y más unida que nunca. No podía ser de otra forma pues nuestra plataforma de lucha fue resuelta por asamblea de todos, como siempre se hace. El destino de nuestra lucha descansa en parte, en la solidaridad que sean capaces de darnos los gremios. Entre éstos cabe destacar la ayuda que nos han dado los obreros de Funsá, el gremio de los bancarios y los textiles.